

Homilía en la Misa en la Apertura de la Capilla de Adoración Eucarística
Parroquia Castrense, San Fernando, 17 noviembre 2016

Queridos amigos.

No tengo palabras suficientes de agradecimiento para expresar mi deuda con todos vosotros, sacerdotes, consagrados, laicos cristianos, hermanos todos, pues habéis prestado todo vuestro apoyo para que hoy comience en San Fernando la Adoración Perpetua. Gracias, queridos sacerdotes, Vicario Episcopal, Sr. Arcipreste, párrocos, pues habéis prestado vuestra colaboración. Gracias a vosotros, cerca de quinientos adoradores, que habéis comprometido una hora a la semana para acompañar al Señor, presente en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Dice el Concilio Vaticano II que la Eucaristía es fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia (cf. SC 10). Esta afirmación del Concilio encierra un tesoro que ha sido profundizado por San Juan Pablo II en un Sínodo, y confirmado por Benedicto XVI en la exhortación posterior *Sacramentum Caritatis*, del año 2007. De este modo la Iglesia entera ha reflexionado sobre el misterio, la vida y la misión de la Iglesia a partir de la Eucaristía. A toda la liturgia pertenece en realidad esta afirmación, que la tradición teológica había referido a la Eucaristía (cf. Tomás de Aquino, Summa T III, q.63, a.6; q.65, a.3; q.73, a 6; q.75, a.1). También nosotros hoy confesamos aquí que la Liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y la fuente de donde mana toda su fuerza, pero, al mismo tiempo, decimos que nuestra comunión, expresada en la unidad de la fe y de la caridad, en el mandamiento del amor y de la fraternidad, y todo lo que se relaciona con la eclesiología de comunión (*koinonía*), son frutos de la presencia del Espíritu del Resucitado en la Iglesia, y está íntimamente unido a la Eucaristía. Esta verdad así enunciada nos configura como cristianos cuando la Eucaristía es la experiencia que funda nuestra vida, y, aquello que proclamamos doctrinalmente se convierte en algo vital, propio, experimentado, digerido, ofrecido a todos porque nos ha modelado interiormente, nos ha transformado y nos ha hecho testigos. Jesús en la Eucaristía hace santos.

Habéis respondido a mi invitación para que, con vuestra presencia generosa, se mantenga abierta día y noche, habitualmente, una Capilla donde el Señor acoja nuestra adoración. Es mucho más que un acto de devoción particular: se trata de una verdadera confesión de fe eclesial y de abrir un canal de energía divina capaz de renovarnos para buscar la santidad. Sin duda será una fuente de apostolado y de renovación cristiana para vosotros, para toda la Iglesia, para nuestra diócesis y para el mundo.

Jesús en la Eucaristía nos adentra en el misterio eucarístico en relación con la Iglesia, si no queremos reducir la Iglesia a un concepto humano (sociológico), y nuestras actividades y propuestas a adoctrinamiento, política o simple estrategia. Somos hijos de Dios gracias a los sacramentos de la Iglesia, comprometidos a extender y defender la fe con palabras y obras, cristianos que “al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y así mismos con ella”. Así,

alimentados en la Sagrada Eucaristía con el Cuerpo de Cristo, muestran de manera concreta la unidad del Pueblo de Dios, que este Santísimo Sacramento significa tan perfectamente y realiza tan maravillosamente” (cf. LG 11).

Así se inicia y se cumple el nuevo y definitivo culto, la *logiké latreía* (SC 70), que es la entrega de nuestra vida como culto agradable a Dios. Este “culto razonable” es una vida ofrecida por amor, configurada con el amor del Señor, educada en su entrega. Pero también nuestra misión de evangelizar dimana del Sacramento del Altar (cf SC 17), pues Cristo mismo se nos donación en el sacrificio de la Cruz. En su entrega descubrimos que “El nos ha amado primero” (1Jn 4,19), y de la primacía de este don (*doni Christi primatum*) que nos precede en el tiempo y ontológicamente, de modo que, reviviendo su entrega en nosotros, seamos regalo para el mundo hasta la entrega total de la vida. Hemos nacido del primado del amor de Cristo, de un sacrificio que nos ha engendrado como cuerpo suyo.

Adorar a Cristo, realmente presente en la Eucaristía, es siempre contemplar el amor crucificado para aprender qué es amor y cómo se ha de amar, y comprender que “Dios es amor” (1Jn 4,8) hasta llegar a orientar nuestro vivir y nuestro amar. Hoy echamos de menos en la sociedad a los verdaderos maestros, a quienes gozan de la sabiduría que enseña a vivir. Los profesores y los padres han dejado de serlo y la cultura es hoy técnica o erudición, por lo que sufrimos una tremenda urgencia de educar. Aquella aspiración de la antigüedad de alimentarse con la sabiduría, verdadero alimento del hombre, dejó de ser la aspiración del hombre materialista *gourmet* que piensa solo en su estómago, pero ni en saber ni en amar, lo que hace que la sociedad esté plagada de hambrientos e indigentes del alma y de multitudes hacinadas que desesperadamente buscan salir de su soledad. No obstante, encuentran la puerta. Por eso resplandece cada vez más Cristo, el Logos encarnado que nos alimenta al tiempo que nos implica en la dinámica de su entrega. Jesús Maestro nos hace ser sabios, nos enseña a vivir, y, ante el desamor, o la falsedad del amor humano, empequeñecido por el egoísmo y desnortado, la participación de la entrega de Jesús se transforma en unión, en unas nupcias de amor basadas en el abajamiento de Dios hacia nosotros, pero que nos introducen en la “mística” del Sacramento y que nos lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación humana pudiese alcanzar. (c. SC 13).

En la Eucaristía y en la Adoración Eucarística se hace presente la Esposa de Cristo Esposo que recibe todo de El para dejarse transformar, y se entrega, dejándose llevar donde quiera su Espíritu. Aquí se compromete toda nuestra existencia cristiana. Desde la intimidad del encuentro en el que el mismo Señor resucitado convierte y orienta nuestro sentir con El, dejamos actuar al Espíritu Santo.

Adorar al Señor nos hace aspirar a la adoración, que es un tiempo de oración personal, pero no individualista. Es esto lo que puede liberarnos precisamente del individualismo y nos hará perder la auto-referencialidad perniciosa que nos rodea. La conversación con el Señor nos hace entrar en comunión con toda la Iglesia y con las necesidades del mundo, y hará reverdecer en cada uno, si escucha el latido del corazón de Cristo, el impulso misionero de comunicar su amor a los demás. Cristo, fuente de nuestra esperanza, nos lleva a lo esencial de nuestra fe y nos libera del temor y la angustia y,

“quienes se dejan salvar por El son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG 1).

Aquí se abre hoy un camino de bendición para toda la diócesis y la Iglesia entera. La Iglesia acoge, adora, celebra este don con temerosa y fiel obediencia, sin arrogarse poder alguno sobre ella. Bajo la cruz la Virgen Santísima se adhiere plenamente al don sacrificial del Salvador. Por su Inmaculada Concepción y su plenitud de gracia, María inaugura la participación en la nueva vida del cielo.

Vivamos cada vez más unidos a Jesús en la Eucaristía, que siempre nos espera y nos llama para colmarnos de gracias. Hagamos valer nuestra capacidad de intercesión, para, con la palanca de la oración que se une a la cruz del Redentor, colaborar poderosamente en la salvación de los hombres. Dejémosle actuar a El, y, abriéndole nuestro corazón, abrámosle las puertas y ventanas de esta ciudad. Vengamos cada hora de nuestra adoración a recoger nuestro *maná*, como el pueblo de Dios en el desierto (cf. Ex 16; Num 11). Vengamos también nosotros como ellos a llorar suplicando el alimento, y dejémonos saciar. Que el desierto de la ciudad con su aridez y soledad se convierta en mesa para comer, saciarse y bendecir.

¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

+ Rafael Zornoza Boy
Obispo de Cádiz y Ceuta